

VIAJES

La Acrópolis en peligro

ERICH MENDELSONH

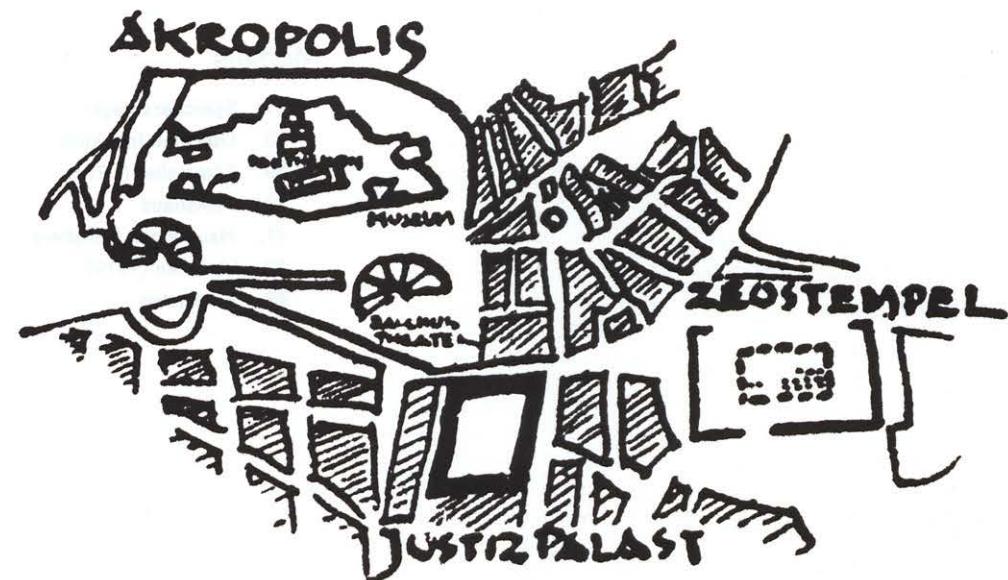
Artículo publicado el 24 de abril de 1931 en el Berliner Tageblatt.

Círculos de influencia en Atenas están planeando construir un palacio de justicia en la cercanía inmediata a la Acrópolis, en frente del teatro de Dionisio, un proyecto que, debido a la ubicación y el tamaño del edificio, es intolerable. La Atenas intelectual teme por esto, por la permanencia de su belleza antigua. Pues la Acrópolis de Atenas es un recinto sagrado para el mundo entero, no importa de qué pensamiento se nutra, para los artistas de todo el mundo, no importa a qué corriente pertenezcan.

El mundo entero considera la Acrópolis como un acto de creación, como sólo se podía haber conseguido una vez - la realidad de su planta, de las relaciones de los edificios entre sí, el ritmo del conjunto como espacio y silueta. Este acto de creación de los lazos de unión de la acrópolis con la tierra ática, cuya belleza concibió la idea de la Acrópolis, a cuya belleza la idea arquitectónica se somete con gusto. Es impensable pues, que se pretenda destruir este hecho único. Ya que el palacio de justicia proyectado desgarra la silueta de montaña y paisaje, desasosiega la mirada lejana y destruye la proporción de la fortaleza y la ciudad a sus pies.

Es más: el complejo organismo de un palacio de justicia, necesariamente, es decir, debido a sus propias exigencias intrínsecas, destroza el sencillo organismo de los templos antiguos. No importa que sobre el edificio se construya la cúpula proyectada de 70 metros de altura o una envoltura más modesta.

Con esto queda destruida la pureza de los pensamientos antiguos, no sólo para los barrios



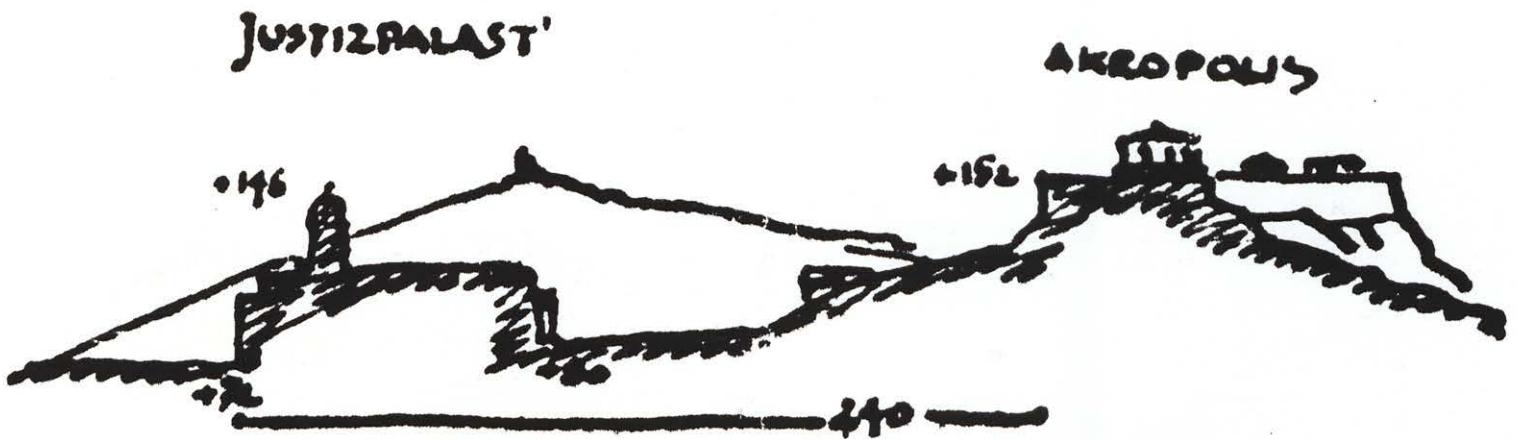
que lindan al sur y al este con la Acrópolis, sino también para las zonas densamente pobladas al noreste de la calle de la universidad, en la falda del Licabeto; queda destruida la claridad de la vista sobre toda Atenas para las colinas ubicadas al oeste (Pilopapo, Pnix, la colina de las Musas), destruida la conexión mística entre ciudad y fortaleza para todo aquel que desde el Pireo o desde Falero suba a Atenas. Además, para qué llevar en el año 1931 el palacio de justicia a la vida de ayer, ese sueño despierto de la historia.

Nos hemos liberado de los conceptos de una monumentalidad equivocada en favor de la realización de una vida auténtica y pura. Por eso exigimos que el edificio de la jurisdicción,

esa función de la convivencia humana, se sitúe en medio de nuestra vida, en el corazón de la ciudad, para servir lo más rápido y ágil posible. Esta exigencia cumple al mismo tiempo el derecho del pasado a la paz como el derecho del presente a la vida.

La BDA (Unión de Arquitectos Alemanes) ha hecho suyas estas ideas por el interés general y ha presentado protesta contra esta barbarie junto a las asociaciones de arquitectos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos ante el alcalde de Atenas. ■

Traducción: Manuela Casado y Mathias Schütte



Hacia Atenas por tierra

ERICH MENDELSONH

Artículo publicado el 20 de mayo de 1931 en el *Berliner Tageblatt*.

Todo comienza con los hijos.

Los hijos del Mediterráneo, cuya frescura ha permitido que el estilo de su estirpe se esparza por el mundo.

Atenas, Roma, y su herencia; Dresden, magistral juego entre calma sureña y nórdica agitación.

Praga, claramente agitada por el fuego barroco de su trazado y sus iglesias, se extiende por tierra y agua con la gótica torre de su castillo.

Pero esta perturbación estética se transforma rápidamente en otra más palpable. Largo viaje hacia los Balcanes. Disociación grotesca entre ser y parecer, división atávica de lo civil y lo militar.

Aquel que viste de uniforme destaca por su limpieza, elegancia y energía; algo entre fascismo y espíritu prusiano.

El que no viste de uniforme resulta sucio y dejado, hasta harapiento.

Pero, ¿quién no desea parecer elegante, apuesto y gallardo?

El ideal es, pues, el uniforme, el ejército, y no sólo para los jóvenes.

De esta manera, el militarismo se hace deseado y el abastecimiento de armas a los Balcanes resulta perfecto.

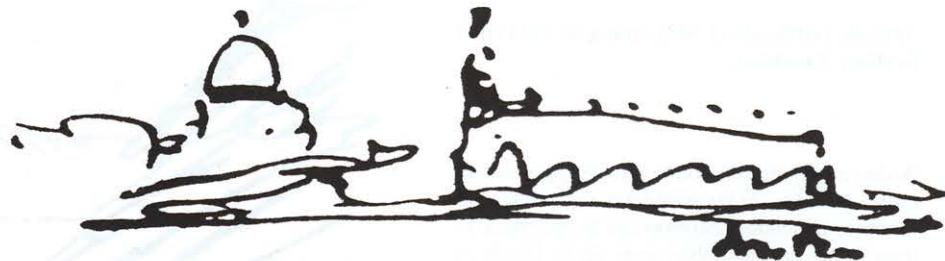
La propia geografía de esta región es una meseta escasamente fértil, de tierra arcillosa casi siempre dura y árida. Es, pues, un pueblo de pastores, un pueblo modesto, introvertido y con pocas necesidades, ya que desconoce la abundancia.

Por sí mismo, el país se mantiene en la tradición. Sus casas están estandarizadas por la naturaleza, como las vidas de los pastores, pues para todos sale y se pone el mismo sol. Todo es de esa sencillez y naturalidad que tienen las cosas nacidas de la propia naturaleza.

Pequeños rectángulos de barro o ladrillo, encalados en blanco, con tejado bajo, a cuatro aguas, y con chimenea cubierta en el vértice.

Arcos de medio punto formando esquina en la zona soleada, formando esquina - a pesar de la apatía de Werner Hegemann - de manera natural. Puesto que así hay vistas hacia los dos lados, y, aunque no hay sorpresas, hay ventilación.

Al tiempo que se inaugura la cervecería, la Escuela de Munich, donde estudian la mayoría de los arquitectos balcánicos, juega con cubiertas dinámicas y esquinas prominentes, - pero no surge de una cultura "pura". Este término pierde sentido allí donde las calles apenas se distinguen, donde los jardines de las



casa son meros basureros y desagües para las aves de corral, cerdos, cabras y gatos.

Mas donde los jardines nacen de la riqueza, las flores se marchitan entre las barrocas decoraciones de hormigón.

Hasta la latitud de Roma no hay rastro de vegetación del sur y apenas tiene la atmósfera un ligero brillo de la luz sureña. Lástima para los ojos y el deseo de calor del viajero del norte.

Por la noche, el recorrido del ferrocarril, cerca de Bulgaria, está vigilado por puestos de militares. Viaje hacia la mañana, donde nos guardan Grecia y el mar Egeo.

Lluvia del Olimpo sobre el Golfo de Tesalónica. Es el recibimiento de Zeus, viejo señor de la tempestad y la lluvia, que tan difícil era de distinguir de Júpiter en el colegio.

Cumbre nevada sobre la llanura en flor, - un mundo propio.

Atravesamos el macizo del Olimpo con los primeros cipreses, higueras, pistachos y olivos. La primavera en plena florescencia; comienzan el verano y la recolección.

Mas allá de Larisa brillan en el ancho campo la mostaza silvestre y la adormidera. La lejanía se dibuja en franjas amarillas o rojas de las flores silvestres.

El arquitecto se esconde tras los colores y la bruma del paisaje y el alto cielo azul. Cambio constante entre meseta y sierra solitaria y virgen. Bandadas de buitres sobrevuelan el esmalte de un amplio mar con los más delicados reflejos de la naturaleza heroica.

Arremeten contra la frontera del Ática, que se yergue en escalones y opone resistencia. ¡Las Termópilas!

Pero todas las imágenes de guerra de la historia las transforma el Párnaso - alteza con blanca corona - en la expectación del gran acontecimiento del arte griego.

El intenso sol de las tardes del sur, ya algo



suavizado y dulcificado por la cercanía del mar, rueda por los últimos valles hasta la llanura, desde la que se alzan y rivalizan las colinas.

Pero todos hacen gustosamente reverencia al altiplano, que, por la gracia de los Dioses, el espíritu de un pueblo unido y por la voluntad de su guía espiritual, soporta el lugar sagrado del Acrópolis, emblema de Grecia. ■

Traducción: Manuela Casado



El oráculo de Delfos

ERICH MENDELSONH

Artículo publicado el 30 de mayo de 1931 en el Berliner Tageblatt.

Arduo camino hacia el oeste. Lo ciega el sol de la tarde. A través de las gargantas del macizo de Párnaso, subiendo y bajando con la presencia de unas ruinas aún increíblemente vivas. Desde el coche, la mirada abierta al paisaje. Tierra y pastores solitarios, pero protegidos por los grandes pliegues de los declives y los acantilados. De pronto surge la inesperada lejanía de las montañas del Peloponeso y el azul, el intenso azul de la franja del Mar de Corinto.

En el Ática la vista salta constantemente de tierra en tierra, del continente a las islas, azulándose gradualmente hasta el cobalto y el violeta. Alrededor, el fulgor del mar Egeo, siempre sorprendentemente vivo y cargado de brumoso misterio.

En la última curva de la subida hacia Delfos se abre el Golfo de Corinto, con recogido puerto.

Abruptas bajadas - viaje vertiginoso entre aroma de manzanilla y ráfagas de vapores aromáticos de un tiempo ya veraniego. A través de las casas trepidadoras de los pueblos de montaña, con los mulos que regresan cargados con hombres y frutos de la tierra, hermosos hombres de mezcla albana y griega tranquilos y tostados por el sol.

Nos deslizamos por entre las calles y nos adentramos en la dorada tarde de Delfos.

Aguardamos la mañana, una mañana apolínea, sin velos.

Sin velos invade el nuevo día las cercanas laderas en sombra. Invade el pueblo enclavado entre los grisáceos olivos, vuela sobre el lomo de la montaña, que sumerge su dorado violeta en el aroma del mar.

Paisaje primitivo, majestuosa elevación de laderas que ascienden y descenden, relieve predestinado para el Dios de la intuición, que aseguró para sí este preciso lugar.

El panteón de Atenas mira alrededor del Ácrópolis sobre tierra abierta, que queda a su abrigo.

Pero Apolo necesita un escenario cerrado en todas las direcciones, donde realizar el baile de las musas, el teatro y los juegos.

Por eso conduce su camino sagrado tan majestuosamente, que cada giro choca contra una ladera, y su propio templo contra la pared vertical del Paedriado. Una estrecha calle entre las ofrendas de las familias griegas, para poder entonces sentir la libertad y la sincera alegría del templo en toda su plenitud.

Avanzamos sin cesar montaña arriba y montaña abajo.

Por eso es maravillosa la imagen de su hilera de columnas en contraste con la roja caída de la fuente Castalia.

Deber de purificación para todos los que quieran



entrar en el recinto sagrado de Apolo, aunque "no basta un océano para purificar a un pecador". Grandes rocas cuelgan sobre la fuente, plátanos ancestrales remolinean sus hojas sobre el lugar de descanso, escuadras de águilas conducen su fuerza en silenciosas espirales.

Pero la propia fuente se ha cristianizado y ha perdido su magia. Pueblo sobre pueblo, fe sobre fe, - la naturaleza ya no tiene Dioses. Atrapada entre la media luna, la cruz y la estrella de David ha centralizado los símbolos de su identidad, la diversidad de sus divinidades, la divinificación de todos los secretos humanos en un único ser. Esta racionalización ha simplificado la fe como tal al mismo tiempo que ha disminuido la relación de nuestra vida con la naturaleza.

Pero la ciencia y la técnica establecen ya fronteras más estrechas a su propio valor; nuestra vida se enriquece de nuevo por el misterio y la intuición.

Tiempos de necesidad hacen perder la fe inamovible, una vida estática nos conduce de nuevo

a la naturaleza. Porque todo oráculo de arte nace del misterio y la intuición, necesita soledad y ensimismamiento, y en su proceso de generación vuelve la espalda a la vida pública, que es su polo opuesto.

Por eso en Delfos los edificios del recinto sagrado se levantan a la sombra de las amenazantes montañas. Detalle con detalle - apartado de la vista hacia el mar, que tan sólo 100 metros más arriba y 100 metros más al oeste se habría podido tener.

Por eso estas ruinas son para nosotros no sólo historia, no sólo leyendas de musas y juegos festivos, no sólo restos de los tesoros de una civilización, sino que el oráculo de Delfos se sitúa más allá de la sabiduría y la inteligencia griegas porque se funda en la inspiración de la naturaleza y de los dioses.

La imagen de Pitia en el templo de Apolo, - el oráculo de Delfos, la última sabiduría. ■

Traducción: Manuela Casado



Nueva Atenas

ERICH MENDELSOHN

Artículo publicado el 5 de junio de 1931 en el *Berliner Tageblatt*.

Atenas ha olvidado sus ideales, la enseñanza elemental de conducir sus calles rodeando la colina en lugar de dirigirlas en línea recta montaña arriba, de construir sus casas siguiendo las líneas de nivel en lugar de levantarlas una sobre otra hasta el agotamiento.

Atenas, que da a sus arquitectos líneas de fuga, pero no límites de altura, que permite ostentar a las fachadas de sus casas, sin tener en cuenta la equiparación de las alturas y los tipos de edificios.

Que intenta cambiar el neoclasicismo de sus plazas aburridas de mediados del siglo XIX contra la viva voluntad de crear algo adecuado a nuestra vida, pero se olvida de que si hay algo que necesite una planificación para ser construido, y no la arbitrariedad de las exigencias precipitadas, es la ciudad.

Es por esto que el plano de la ciudad no es reconocible y que el rápido crecimiento de Atenas, sobre todo como refugio de los griegos desterrados de Asia Menor, se encuentra con un vacío en todas las direcciones. En un espacio sin planificación, cuya mera ocupación en el mejor de los casos sólo puede llevar a soluciones parciales, pero nunca al crecimiento orgánico de una gran ciudad.

El desarrollo en número y espacio es más rápido de lo que permiten los medios y el ingenio. El ingenio de la mecánica y la construcción de la ciudad, el ingenio de la organización global de la ciudad, que es más importante que la idolatría de los mitos, o la cultura de la desnudez de los así llamados modernos.

Pues al fin y al cabo las casas sólo son el material con el que se construye la ciudad, y la ciudad el campo de pruebas en el que los elementos - libre abastecimiento, salubridad, fachada - han de funcionar en armonía.

Nuestras grandes ciudades occidentales son advertencia suficiente; si bien su ausencia de planificación puede ser comprensible desde la mentalidad de un siglo de civilización, que busca la brillantez de las soluciones particulares a costa del conjunto y que antepone la representatividad a la dignidad del hombre.

Pero la construcción de una ciudad nueva o el desarrollo de un pueblo de 150.000 habitantes en una metrópoli que tiene hoy 1.000.000 de habitantes es una gran tarea. Todavía hoy se mezclan en el interior de la ciudad el desorden de las ciudades orientales con el orden rígido de las ostentosas plazas de occidente. Cabe pensar, que Oriente intencionalmente pasa por alto este eclecticismo mediocre.

Estaríamos de acuerdo con esto, si la Atenas oriental fuera de una gran calidad. Este oriente que conoce al dedillo sus ancestrales leyes espaciales de superposición cúbica, la unidad del espacio y la subordinación de los elementos en el espacio, y que las ha esparcido por toda la cuenca mediterránea, tanto, que los pueblos egipcios de barro, las pétreas escaleras de Palestina y las espirales del mar de Mármara renacen en España, Italia y Grecia. Es allí donde el parecido de la estructura del terreno y el clima crean condiciones espaciales y constructivas similares - sobre todo en el campo, donde la vida del hombre se rige de acuerdo con el ritmo de la naturaleza.

Ignorar al Mediterráneo como padre de la estilística occidental, es una tarea que con gusto le dejamos los Schulze de Naumburg (1).

Pero la Atenas oriental es tan sólo un falso diamante y su brillo se esconde del sol, cuya luz distingue sin piedad el caos de la agrupación pintoresca, lo decadente de lo antiguo, la suciedad de la pátina.

De ahí lo grotesco de las calles agujereadas entre fachadas pentélicas, de las chabolas junto al templo de Teseo, de las calzadas de asfalto en las que siempre sobresalen cinco centímetros las vías del tranvía, de las interminables calles escalonadas para un tráfico de 30.000 coches.

Por eso lo grotesco de la playa ática que en su parte urbana se parece más a Coney Island que al límite del mar azul. Islas montañosas, a cual más azul, son los bastidores de este escenario celestial - pero el primer plano es una feria de baratijas, con la vulgaridad del estridente del barullo, con la suciedad de las sobras podridas.

La carretera Atenas - Falero(2) se detiene en múltiples lugares, pero su final es un mercado.

Así que hay que decidirse.

O bien oriente la cultura de occidente.

Civilización pura - aunque sea occidental - ya tiene el mundo bastante. Y Atenas no es una ciudad cualquiera. La ley de su arte, la ley de su sabiduría, la ley de su humanidad domina el mundo occidental desde hace 3.000 años. Es tiempo de que la madre de Europa se castalice(3). Fuentes ya tiene bastantes. Ya comienza la generación de arquitectos jóvenes a tomar ejemplo del grupo de asalto de occidente. Ya aparecen en las afueras de la ciudad en dirección al Himeto(4) núcleos de arranque. El barrio clínico o la concentración de todos los servicios sanitarios, el barrio universitario o la concentración de las ciencias, el barrio militar o... todos lo saben, pero todos consienten.

Intentos de los arquitectos de concentrarse en lo esencial, en los elementos de una construcción nueva que corresponda a nuestro tiempo. Pero aún todo es un experimento, todavía carece del



conocimiento pleno de las leyes que ha dado a luz nuestro tiempo.

Sin desasosiego, sin exaltación.

Pues la ley es eterna como todo nacimiento.

Un sólido puente une lo nuevo y lo antiguo - los elementos son inalterables. Sólo las formas y su materialización temporal varían. Pero la mentira permanece mentira - por los siglos de los siglos.

La nueva Atenas es una tarea lo suficientemente grande como para estar a la altura de su grandioso pasado.

Estar a la altura de la "alta ciudad" de Atenas, el Acrópolis, - obra conjunta de ingenio humano y divino - que significa la solución elemental, la ciudad primitiva.

Estar a la altura de la gran naturaleza, que con mar, montaña y valle encarna el deseo de la creación de separar valle, montaña y mar, para volverlas a juntar a través del genio del hombre - razón y percepción.

La calle de este misterio atraviesa el mundo.■

Traducción: Manuela Casado y Mathias Schütte

Notas:

1.- Paul Schulze-Naumburg es arquitecto contemporáneo a Mendelsohn. Mendelsohn ridiculiza su nombre llamándole *Schulze aus Naumburg* (*Schulze de Naumburg*), poniendo en evidencia que su apellido no es noble, sino que el arquitecto Schulze, de apellido bastante común en Alemania, tan sólo es nacido en la ciudad de Naumburg.

2.- Falero es uno de los tres pueblos de Atenas en el Golfo Sarónico.

3.- Mendelsohn utiliza el verbo *castalizar* como *purificar*, derivando del nombre de la fuente *Castalia*, fuente para las purificaciones del templo de Apolo.

4.- Montaña de Grecia al sureste de Atenas.

Acrópolis y Partenón

ERICH MENDELSSOHN

Artículo publicado el 11 de junio de 1931 en el Berliner Tageblatt.

Cada fotografía, cada dibujo disminuye la capacidad de conmover del Partenón y lo reduce a su masa real, que es relativamente pequeña. Pues dibujos y fotografías son incapaces de reflejar uno de los elementos esenciales de la arquitectura como generador de espacio: el aire en el que está construido el edificio, del cual el edificio absorbe una parte, aquella parte que envuelve su volumen cúbico.

Este juego de contraposiciones entre el brillo atmosférico y el brillo que irradia el espacio construido, es decir, el juego de contrarios de:

*aire y materia
suavidad y dureza
lo ilimitado y la limitación del espacio
el hálito del paisaje y el sólido aliento
la fluidez de la naturaleza y su
solidificación en la obra construida.*

Esta naturaleza, cuyas características varían según su situación geográfica y su clima, es decir, que es portadora de la esencia de la construcción. Pues de su emplazamiento y de su clima depende tanto su realización técnica - aplicación de materiales y construcción - como su expresión arquitectónica.

Esta naturaleza, que engendra pueblo y tierra, que condiciona su dimensión económica y espiritual, que determina su aliento vital y sus creaciones artísticas. Decide entre sencillez o refinamiento, nobleza o barbarie, dramatismo pedante o discreta monumentalidad.

La Acrópolis no tiene nada de dramático. Si se purifica su recinto inmediato de los posteriores añadidos, sobre todo de los romanos (la actual puerta de acceso, los anchos peldaños delante de los propileos), las diferencias de nivel de la montaña ascendente se superan en una calma continua - en la escala del caminar ascendente del hombre y su recogimiento interior para el sacrificio o la celebración. La subida desde los propileos avanza en el plano oblicuo del terreno crecido. El único plano horizontal es la planicie del Partenón. Cúspide de la montaña al tiempo que planicie de la montaña, parada de los hombres al tiempo que estancia de los dioses, descanso humano y divino.

También el posteriormente edificado Erechteion guarda la distancia cultural. Desplaza la base de su espacio principal sobre una loma de la montaña situada más abajo, su entrada de espaldas al templo de Atenas. A través de la sala de las Corés establece una relación no sólo espacial, es decir, exterior, con el Partenón. Las tres dimensiones de esta sala se retraen respetuosamente ante el Partenón, pero las cariátides portan con el entablamento también el



voto de castidad sonriendo bajo el cielo azul, tal como lo hace la diosa virgen - Atenea "Pártenos" - en la penumbra de su templo. Como Atenea "Nike" se erigía con casco y lanza entre los propileos y el Partenón, visible a lo lejos para los barcos que buscaban su puerto, orgullosa en su grandeza, sin relación axial con ninguna construcción de la acrópolis. Así como éstas no tienen relación axial entre sí, pero todas reunidas en la libertad del emplazamiento, de la planta unitaria, que no tiene igual.

Aún a salvo de la epidemia de ejes de generaciones posteriores, que mataba la vida de los edificios a ellos alineados, en tanto que consideraba este hilo conductor como factor de seguridad para una postura clásica - que confundía calma interior con aburrimiento, silencio sabio con cerebro hueco, intuición del genio con disposición axial.

Qué suerte para Atenea y su arquitecto de corte, Ictino, que no tengan que contemplar esta desolación bajo sus pies. Pero seguro que ve desde el cielo - diosa inmortal - la legión de los jinetes de los ejes de todo el mundo; ve - Atenea Nike- con ojo guerrero a través del oropel de sus fachadas, no se deja engañar por la modernidad de los secuaces actuales, sonríe como sus criadas y permanece inalterable: la ley eternamente virgen del espacio.

Esta ley determina aquí arriba su componente en primer lugar según sus relaciones funcionales - acceso, lugar de ceremonia, sacrificio, templo - , y luego, según el efecto de cada edificio y cada estatua sobre el entorno de la ciudad de Atenas, según el efecto urbanístico como centro de gravedad del conjunto y punto de mira de cada acceso, según el efecto de la organización espacial desde las colinas y según el efecto simbólico sobre el conjunto de ciudad, tierra, islas y mar.

Esta unidad se domina desde aquí arriba con el gran flujo de música eterna, igualmente alejada del sentimentalismo como del melodrama, y llevando consigo su ley, es decir, llevando a la calma toda la libertad de la invención, toda la profundidad de la percepción individual en el abismo de lo absoluto.

Es por ello que las formas de estos templos tienen una importancia secundaria, que los detectives del arte, los arqueólogos con su ciencia, sólo tienen importancia en su aportación del material evidente. Pues cada uno está aquí arriba consigo mismo, cada uno sobre su plataforma, cada uno con su virtud. Lo determinante es cuánto abarca con la mirada, lo grandes que se abren los ojos ante el todo, para reconocer la gran ley libre, que fue creada en este lugar. ■

Traducción: Manuela Casado y Mathias Schütte

La calle de los Misterios

ERICH MENDELSONH

Artículo publicado el 23 de junio de 1931 en el Berliner Tageblatt.

Al amanecer dejamos Delfos. Al mismo tiempo que los mulos bajan al valle cada mañana a todo el pueblo. Ancianos, viejas matronas, madres, hijas y las hijas de las hijas se dirigen al trabajo en el campo o a abastecer a los pastores, que velan durante la noche junto a su rebaño, toda su fortuna. Tadas, coronadas con cintillos, que las diosas arcaicas llevaban tan severamente, las posteriores con tanto resplandor y las ulteriores con tanta gracia y donaire. Hoy, un pañuelo negro de red, cuyo borde se dobla sobre la frente como una diadema. Hoy, un marco serio para la aspereza de este pueblo de montaña, para la belleza de su juventud, cuya mirada busca con libertad la lejanía des montañas, que se vuelca en silencio hacia su interior. La mirada de los antiguos pueblos del mediterráneo hacia su propia historia, hacia el eterno retorno del destino del hombre. La mirada de la sabiduría y la conciencia, de intuición y providencia divina, que la Europa occidental a menudo confunde con timidez ajena e inferioridad, pero que puede permitirse ser silenciosa y profunda, porque ha visto tanto, que no se deja ya cegar por nada.

Así miran los pastores al borde del camino más allá del rebaño que les es confiado, más allá de las praderas, cuyo aroma les reconforta, más allá del cielo, que les une con el infinito, y contra las montañas, que ponen fronteras a sus dominios.

Como parte de la creación reaccionan igual ante el coche que ante el canto de las alondras, los forasteros no les afectan, su curiosidad sólo se asombra ante la creación divina. Pan, el viejo flautista, tiene más valor que nuestro coche y su motor a cuatro tiempos, y así se ha mantenido.

Sentimos su presencia camino abajo, con continuos desprendimientos de piedras, en carreteras serpenteantes sin protección, con puentes en curva, cien metros sobre el abismo.

En las llanuras de Boetio, que, estando despobladas, ya en primavera comienzan a madurar, en las ondulaciones, que se abren como cráteres, en los desfiladeros, que se resisten a abrirse.

Pero de vez en cuando los cubos blancos de un pueblo compiten con las cabras trepando por la montaña, su gris con las piedras, su rosa con el laurel en flor, su azul con el horizonte que dibuja este gran teatro.

En su interior habrá un hervidero de vida, de objetos y de estrecheces, como en todas partes.

Pero a nosotros nos commueve la sencillez

romántica, la formas de vida elementales y las severas leyes de la naturaleza, severas, hasta que se abren las montañas y Deméter da comienzo a sus fiestas en Eleusis.

No en vano puso Deméter, madre de los cereales, su trono junto a la cueva de Pluto, sus misterios junto al rapto de su hija Coré, su templo junto a los encantos del paisaje eleusino.

Fecundación junto a nacimiento, nacimiento junto a vida, vida junto a la muerte, y junto a la vida y la muerte, el misterio.

Así vela el proceso natural para asegurar la procreación, es decir, para hacer deseable la semilla y el fruto, el amor y la vida.

De este modo salva Deméter a los hombres de sí mismos, madre de todos los hombres. Pues sin misterio, sin secreto, sucumbe el hombre.

Viejo camino, calle sagrada. Calle de los misterios sagrados de Eleusis - Atenas.

Viajamos en sentido opuesto, pero justo detrás de la gran ciudad se retuerce la calle entre pinos y cipreses. Curvas que no son casuales, sino seguramente elegidas según las condiciones del terreno y las vistas de valle a montaña y de la montaña al mar.

Sensación inmediata de lo extraordinario y lo solemne. Avanzamos suavemente sobre macadam entre las flores de agave al borde del camino, entre las densas ramas de las coníferas griegas. Llegamos a Dafne, monasterio ancestral con la atenta mirada de Cristo sobre el mosaico de la cúpula, otro misterio.

Carretera, naturaleza, nosotros mismos resonamos en esta concentración griega, que supera todos los tiempos. Incluso el Zeus de bronce en el museo arqueológico lanza sus rayos vibrando como en un torneo.

Las carreteras se cortan, las montañas se estrechan, el camino se oscurece antes de abrirse hacia la amplitud del mar y el horizonte. Nos detenemos silenciosos en la orilla.

Eleusis y Salamina abrazan con su suave loma la bahía. Entre el tenso arco, aparece, brillante, la cuerda del Peloponeso. Apenas se unen las islas entre sí. El cielo las sobrevuela.

El mar tiembla, tensa el arco y lo lanza, salta y cae.

Detrás de Eleusis se abre el mar. Ascendemos la fuerte pendiente por Megara, la ciudad de las dos colinas, fundadora de Bizancio. Salamina se ensancha ampliamente, se fragmenta en pequeñas islas sin nombre, hasta que Egina toma el relevo. En la orilla los pescadores arrastran sus redes por el gris plateado de la mañana, que perdura aun en el sofocante mediodía, en un paisaje que cambia de colores en el transcurso del día.

Más cerca de Corinto los primeros indicios de la zona de terremotos. Un macizo vertical, del que se han desprendido las masas montañosas; como la cumbre de un tejado que se ha



mantenido en pie y cuyos faldones inclinados se han proyectado sobre la horizontal.

El propio Corinto suavemente apoyado en el lomo del Peloponeso, con vista equidistante hacia el mar Jónico y el Egeo, sacudido periódicamente, periódicamente destruido. Los excesos de esta vida insegura, el lujo de este lugar opulento traspasaba a menudo el puente de tierra que conecta Corinto con Eleusis.

Misterios y templos pierden su secreto y resplandor, el camino sagrado lleva sobre sí a todas las religiones, y ninguna tolera a la otra. Corinto se hunde, Eleusis se entierra y el Acrópolis se convierte en ciencia. Sólo un mundo nuevo reconoce la grandeza en la ley y no en el juez, en los elementos y no en la enseñanza, en la sustancia y no en la forma. La verdadera grandeza de su naturaleza y de su espíritu, que es eterno y eterno es su misterio. ■

Traducción: Manuela Casado y Mathias Schütte

